

# El imperio vacío de Rusia

## Las ambiciones neoimperialistas de Rusia zozobran en las rocas de la realidad

*Economist*, 24 de junio de 2010

La “zona de intereses privilegiados” de Rusia preocupa tanto a Rusia como a Occidente. La frase la acuñó Dimitry Medvedev, presidente de Rusia, a raíz de la guerra de 2008 con Georgia, cuando la retórica rusa alcanzó niveles de estridencia. Los acontecimientos de las últimas dos semanas en Bielorrusia y Kirguizistán han provisto una humilde verificación de la realidad y han expuesto la falsedad de las ambiciones neo-imperialistas de Rusia entre los estados que formaron la Unión Soviética.

Rusia siempre ha querido apartar a Occidente de su patio trasero. Que Estados Unidos y la UE estén por ahora comprometidos con sus propios problemas, concede parcialmente a Rusia sus deseos, que no obstante, a merced de sus propios recursos ha demostrado escaso liderazgo, falta de visión o sentido de responsabilidad imperial en su tan cacareada “zona”.

Una disputa sobre el gas con Bielorrusia puso de manifiesto la fragilidad de la embrionaria unión aduanera entre Rusia, Kazajstán y Bielorrusia, presentada por Moscú como el núcleo de un nuevo club económico bajo su dominio. Los pogromos sangrientos en Kirguistán revelan que el Tratado de Seguridad Colectiva de la Organización (OTSC), una alianza militar post-soviética de Rusia, Kirguistán, Uzbekistán, Kazajstán, Tayikistán, Bielorrusia y Armenia, es una quimera.

En su disputa con Bielorrusia, esta semana Rusia comenzó a cortar los suministros de gas a su supuesto estrecho aliado, alegando que le debían alrededor de 200 millones. La deuda proviene de la decisión bielorrusa de pagar a precios del año pasado, 150 dólares por mil metros cúbicos de gas, ignorando el aumento de precios de Gazprom. Alexander Lukashenko, el líder rebelde de Bielorrusia, aumentó la apuesta al ordenar el corte de los envíos de gas ruso a la UE, argumentando que también los rusos les debían dinero. El 24 de junio Gazprom reanudó el suministro completo, pero Bielorrusia mantuvo su reclamo.

Esta no es la primera ni será la última disputa entre Rusia y Bielorrusia. Pero como sostiene Fyodor Lukyanov, el editor de Rusia para Asuntos Globales, esta vez la fila tiene un tinte político. A pesar de su autoritarismo y antiamericanismo, las autoridades rusas desdeñan a Lukashenko por romper sus promesas y rezagar el cumplimiento de los acuerdos. Se las ha arreglado con gran destreza para extraer

grandes subsidios de Rusia. Mientras, les hurga los ojos y se opone a la UE.

El año pasado el presidente de Bielorrusia se negó a reconocer la independencia de Osetia del Sur y Abjasia, los dos territorios separatistas georgianos que Rusia le había disputado a Georgia. A eso siguió una prohibición rusa sobre los productos lácteos de Bielorrusia. Más recientemente, Lukashenko ha decidido proteger a Kurmanbek Bakiyev, el derrocado líder autoritario de Kirguistán, a quien Moscú aborrece.

Lukashenko también ha saboteado la unión aduanera entre Rusia y Kazajistán, exigiéndole a Rusia que suprima sus impuestos por la exportación de petróleo y sus productos derivados, lo que permitiría a Bielorrusia comprárselos a Rusia a precios internos y beneficiarse al reexportarlos. (Rusia quiere mantener por ahora el petróleo fuera de la unión). La respuesta de Rusia es cogerlos mediante su arma favorita: las llaves de gas.

En sus relaciones con sus vecinos, Rusia se ha basado sobre todo en la coacción. Basta considerar su respuesta a la caída de Bakiyev y los pogromos posteriores en Kirguistán. El Kremlin no derramó lágrimas por Bakiyev, a quien consideraba como un codicioso hombre de dos caras. El año pasado Bakiyev extrajo un paquete de ayuda de 2 mil millones dólares de Rusia a cambio de la promesa de cerrar una base aérea militar estadounidense en Kirguistán, como Rusia insistía. Bakiyev aumentó la renta por el alquiler de la base estadounidense y le permitió quedarse.

### **Resuelva sus propios problemas**

Cuando, a principios de este mes, los kirguises se enfrentaron con la minoría uzbeka en la sureña ciudad kirguís de Osh y el gobierno interino solicitó ayuda militar a Rusia, el Kremlin reuló. El mundo exterior pensó que era la oportunidad que Rusia había estado esperando para demostrar que domina su patio trasero. Para Rusia fue una pesadilla que trajo a la memoria la intervención soviética en Afganistán en el decenio de 1980. La línea oficial rusa fue que no podía interferir en los asuntos internos de Kirguistán (una declaración que resultó extraña ante la guerra de Rusia contra Georgia).

De hecho, Rusia no tiene capacidad ni voluntad para tal intervención. Como sostiene Alexander Golts, un experto en las fuerzas armadas de Rusia, el ejército ruso —que en gran medida consiste de reclutas no calificados y está plagado de conductas intimidatorias— no está equipado para el tipo de operación de mantenimiento de la paz que se les pidió llevar a cabo en Kirguistán. Además, los “aliados” de Rusia en la OTSC, particularmente en las intermediaciones de Uzbekistán y Kazajistán, no tienen ningún deseo de ver a las tropas rusas sentar el precedente de arreglar los asuntos internos de un estado vecino.

La intervención de Rusia sería impopular en casa también. La xenofobia hacia los

trabajadores migrantes que proceden de Asia Central y los recuerdos de Afganistán hubieran vuelto inaceptable cualquier sacrificio de vidas rusas en Kirguistán para la mayoría de los rusos. Sin embargo, si Rusia tuvo razón en no enviar tropas a Kirguistán, se equivoca al considerar al país como parte de su zona de intereses privilegiados.

Cuando los enfrentamientos étnicos estallaron en Osh hace 20 años, Mijail Gorbachov envió tropas soviéticas. Tal parece que a pesar de su nostalgia soviética, el actual gobierno no siente tal obligación. Lo que la respuesta rusa a Kirguistán ha hecho evidente, observa Golts, es que “los jefes de Moscú imitan las ambiciones imperiales de la misma manera que imitan la democracia”.